

# APÓCRIFOS CINEMATOGRAFÍCOS

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
CON TUERCAS Y A LO LOCO	3
PATERNIDAD	4
STAR ¿QUÉ?	5
AMOR SIN FRONTERAS	6
CHASCO	7
DEMANDA DE EMPLEO	8
ARDOR MONSTRUOSO	11
QUEEN KONG	12
MENUDO OCTAVO PASAJERO	14
STAR LAND	16
ULTIMÁTUM FALLIDO	17
LA VERDADERA HISTORIA DEL HOMBRE LOBO	20
ENFERMEDAD LETAL	26
LA VIDA TENÍA UN PRECIO	29
EL MAGO DE OZ 2.0	33
LA VERDADERA HISTORIA DE LOS LADRONES DE CUERPOS	37
LA VERDADERA HISTORIA DE ULTIMÁTUM A LA TIERRA	38
DESPISTE ALIENÍGENA	40
LA VERDADERA HISTORIA DEL PLANETA DE LOS SIMIOS	41
ME PARECIÓ VER UN LINDO GATITO	42
¡INDECENTE!	45

## PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las “víctimas” son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en varios volúmenes. Los correspondientes a éste son los *Apócrifos cinematográficos*. Dentro de él he organizado los relatos en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título, ordenados de forma sucesiva por la numeración.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

*José Carlos Canalda*

## CON TUERCAS Y A LO LOCO

-¿Pero es que no lo comprendes? ¡Soy un robot! -exclamó con desesperación, al tiempo que se arrancaba la máscara facial dejando al descubierto su inexpresivo rostro metálico.

-Bueno. -respondió él sin apartar la vista del cuadro de mandos del aeromóvil- Nadie es perfecto.

## **PATERNIDAD**

-Luke, tú... eres... mi hijo. -desveló fatigosamente R2D2 antes de fallecer, dejando sumido al joven Skywalker en una profunda preocupación.

## STAR ¿QUÉ?

-Se aproxima una escuadrilla de tres astronaves enemigas por el sector 2-A -recitó la monocorde voz de la computadora.

-¿Klingons? -preguntó el capitán Kirk con un punto de preocupación.

-Negativo. Son cylones, y comienzan a desplegarse en formación de combate.

-¿Cylones? -la preocupación había dado paso a la incredulidad-. ¿Quiénes demonios son esos?

-Me temo que los rivales de la humanidad en Galáctica -respondió el flemático señor Spock.

Y como viera la expresión de extrañeza que se reflejaba en el rostro de su superior y amigo, añadió:

-Parece ser que los guionistas ya no saben que hacer para elevar la audiencia, y ahora les ha entrado la manía de entremezclar unas series con otras.

-¡Pues sí que estamos apañados! -explotó con ira el comandante del Enterprise-. ¡Estos fulanos ya no respetan nada! ¡No conformes con alargar nuestras aventuras hasta que tenemos edad más que sobrada para ingresar en un geriático, ahora ni siquiera dejan tranquilo nuestro propio universo! ¡Digo yo que tenemos derecho a ser nosotros mismos sin intromisiones ajenas! ¡Esto es intolerable! ¡Spock! -aulló-. Hágase cargo del mando. Yo me voy a mi camarote a escribir una carta de protesta a la productora.

Y abandonó el puente arrancando chispas de las pulidas paredes con sus afiladas garras al tiempo que agitaba con furia su robusta cola, con la cual estuvo a punto de derribar a un desprevenido wookie que torpemente se había interpuesto en su camino. Con un encogimiento de tentáculos Spock se aprestó a afrontar el inminente encuentro con los cylones, al tiempo que fruncía el espiráculo respiratorio al comprobar que el ambiente del puente de mando había quedado impregnado con un desagradable hedor a azufre.

## AMOR SIN FRONTERAS

-No llores; era lo mejor para él.

-Sí, tienes razón. -suspiró la muchacha enjugando las lágrimas- Pero no puedo hacerme a la idea de que ya no lo volveré a ver más. Fueron tantos años juntos...

-Te entiendo, pero la vida es así de dura. Y míralo por este lado, el pobre ha dejado ya de sufrir. Ojalá pudiéramos hacer lo mismo con nosotros mismos.

-Lo voy a echar mucho de menos. -repitió Ann Darrow con voz monocorde mientras se alejaban del desgarrado corpachón de King Kong- Mucho...

Mientras tanto, los perplejos bomberos de Nueva York se preguntaban unos a otros:

-Y ahora, ¿dónde demonios echamos todo esto?

## CHASCO

Emocionado, ET observó como la astronave de rescate aterrizaba majestuosamente al lado de su rudimentaria emisora que, pese a haber sido fabricada con desechos de la primitiva tecnología terrícola, había sido capaz de realizar el milagro. Sus días de destierro habían acabado; aunque se había encariñado con Elliot, no estaba dispuesto a pasarse el resto de su vida rodeado por unos bárbaros salvajes que habían pretendido descuartizarlo para estudiar su organismo.

Pero no pudo penetrar en su interior, puesto que de la escotilla abierta surgió un hierático tripulante que se lo impedía.

-Está usted utilizando una emisora sin licencia y perturbando las comunicaciones intergalácticas, lo cual es ilegal. -le dijo éste- Absténgase de volver a utilizarla, o será sancionado por ello.

Y despegó.



## DEMANDA DE EMPLEO

La funcionaria de la oficina de empleo estaba literalmente hasta el moño. Tras ocho monótonas horas diarias atendiendo a los demandantes de empleo, día tras día y mes tras mes, su rutinario trabajo era capaz de acabar con la paciencia del más templado. ¡Y todo por un miserable sueldo de auxiliar administrativo!

-¡El siguiente! -gruñó al constatar que la silla situada frente a su mesa había quedado vacía, sin molestarse siquiera en levantar la vista de los documentos que estaba sellando.

Cuando alzó la cabeza con desgana para atender al nuevo solicitante, no pudo evitar que su cuerpo diera un fuerte respingo. La cosa no era para menos, ya que éste presentaba un extraño aspecto con el rostro completamente cubierto de pelo, las orejas enhietas y terminadas en punta y la boca sobresaliente en forma de hocico perruno. Aunque no los podía ver por estar ésta cerrada, no tuvo que hacer demasiados esfuerzos para imaginarse unos colmillos afilados y terminados en punta.

-¿Qué... qué desea usted? -logró balbucear al fin venciendo a duras penas su pasmo.

-Encontrar trabajo, claro está. -fue la cansina respuesta del interpelado; su voz era profunda, de barítono o quizá de bajo, pero el tono de la misma era educado. Y sí, efectivamente tenía colmillos puntiagudos.

-Ya, pero... ¿de qué? -rezongó la funcionaria intentando recobrar su habitual pose de esfinge- Estudios, experiencia laboral... ¿cuál es su currículum?

-Me temo que no dispongo de él... al menos, de nada que me sirva para conseguir empleo -respondió el visitante con resignación.

-Entonces, le registraré a usted como peón sin cualificar -pese a la inquietud que le causaba la proximidad del extraño, la funcionaria iba recuperando por momentos su hierático autocontrol-. ¿Tiene usted alguna preferencia? -la pregunta, obviamente, era un mero formulismo.

-Bueno, yo... sí, me gustaría trabajar como actor de carácter -“*toma, y a mí casarme con un millonario podrido de dinero, no te joroba*”, pensó ella-. Creo que tengo ciertas dotes para ello -concluyó con timidez.

-¿Ha interpretado alguna vez papeles en teatro, cine o televisión? ¿En publicidad? Aunque haya sido tan sólo a nivel aficionado... -pasado el susto inicial, el tipo estaba empezando a resultarle cargante. Con esa facha, ¿a dónde pretendía ir?

-La verdad es que sí -fue la sorprendente respuesta-, y bastantes veces además, pero por desgracia no me es posible justificarlo documentalmente.

*“Pues sí que estamos apañados, hermano.”*

-Si usted quiere, le puedo registrar como actor o figurante, pero he de serle sincera, las posibilidades de que le llamen para algún trabajo me temo que van a ser escasas; es un campo en el que ahora hay mucha competencia. ¿No le interesaría probar suerte en la construcción o en la hostelería, que tienen bastantes más salidas?

-No, prefiero dejarlo así. Soy consciente de las dificultades, pero pienso que con mi aspecto físico -aquí la auxiliar administrativa tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contener una carcajada-, a lo mejor podría encajar en algunos papeles.

*“Sí, haciendo de lobo en Caperucita o Los tres Cerditos, mira éste...”*

-Está bien, yo le pongo como prefiera, aunque no le puedo garantizar que le sirva de mucho... ¿me dice su nombre?

-Paul Naschy.

La empleada, asidua en su juventud a las sesiones continuas del cine de su barrio, lanzó una agria mira al extraño, que tragó saliva ensayando una tímida sonrisa de disculpa.

-No cuela, ¿verdad? -tras una vacilación que no hizo sino incrementar la impaciencia de la empleada, el extraño explicó- En realidad tengo varios... aunque ninguno oficial. Se me conoce como Hombre Lobo, Lobizón, Lobisome, Licántropo...

Y viendo el gesto de fastidio de su interlocutora, concluyó:

-Podemos dejarlo en Lobizón, parece que suena mejor.

-¿Apellidos? -insistió la funcionaria, que a esas alturas estaba más que curada de espanto en lo que a nombres exóticos se refería, sobre todo a partir de que ciertos colectivos de inmigrantes hubieran comenzado a ser habituales en su trabajo.

-¿Apellidos? -dudó de nuevo el demandante- Pues... dejémoslo en Pérez. ¿Por qué no? -su voz se hizo suplicante- ¿Pérez Naschy podría servir?

-Está bien, señor... Pérez “Naschy”, creo que con esto ya está listo todo -faltaban, claro está, documentos tales como el DNI o equivalente, pero la funcionaria ya no sabía qué hacer para quitárselo de encima-. ¡Ah, se me olvidaba, necesito también su dirección!

-Yo... -explicó con vergüenza el licántropo- Lo siento, en estos momentos carezco de domicilio fijo, pero si quiere puedo darle la dirección de un bar por el que voy de vez en cuando.

-Como prefiera, si se le puede localizar allí es más que suficiente.

-Sí, supongo que sí. ¿Eso es todo?

-En efecto. Tan sólo queda esperar a que haya suerte.

-Muchas gracias, señorita, ha sido usted muy amable. Yo... yo sólo quiero trabajar y ganarme la vida honradamente. Pero no me resulta fácil, porque...

-¡El siguiente!

*“Vaya tío raro. Y si le llego a dejar, me había dado la brasa” -pensó la funcionaria mientras le veía marcharse-. “No, si aquí cada vez se ven tipos más raros, no me extrañaría que cualquier día me tropezara con un marciano. Con esto de la globalización, no sé a donde vamos a llegar”.*

Mirando su reloj, comprobó con desconuelo que todavía le quedaban varias horas para terminar su jornada laboral. Para mas *inri* sus temores se vieron confirmados: un tipo alto y calvo, de piel grisácea, ojos saltones, labios recortados y nariz pulposa en forma de trompetilla, ocupaba ahora la silla aguardando pacientemente a su turno al tiempo que se frotaba con nerviosismo las manos. A saber cuando podría escaparse a tomar ese café que le estaba pidiendo a gritos el cuerpo.

## ARDOR MONSTRUOSO

-Resulta irónico. -comentaba el profesor Nakamuno a su colega Dos Santos, desplazado hasta esa lejana isla del Pacífico en funciones de inspector de la Unión Europea- Tantos años creyendo que era un engendro del Averno y padeciendo sus terribles destrozos, y ahí le tiene ahora, tranquilo como un gatito.

-Sí que parece una paradoja. -asintió su interlocutor, fijando la mirada en el inmenso corpachón de casi cincuenta metros de largo que dormía plácidamente apenas a unos centenares de metros de distancia- Estábamos tan convencidos de que era un enemigo irreconciliable de la humanidad, que nos costó trabajo comprender que lo único que le pasaba al pobre animal era que padecía unos terribles ardores de estómago. Por fortuna, acabamos descubriendo que sus terroríficas bocanadas de fuego radiactivo no eran sino tan sólo sus monumentales eructos.

-Y mira que fue fácil resolver el problema una vez descubierta su naturaleza. -remachó el científico japonés- ¡Quién iba a pensar que en el fondo Godzilla era tan pacífico como un perrito faldero siempre que no le torturara el estómago! ¡Y que era vegetariano!

-Pues sí, ciertamente fue una gran sorpresa, y además la solución resultó sencilla... Godzilla estará tranquilo mientras no le falte bicarbonato. -concluyó Dos Santos mirando con desconfianza el enorme montículo blanco que se alzaba al lado del gigantesco saurio, socavado por una profunda cavidad producida por las mandíbulas del monstruo.

-Por eso no tiene que preocuparse. -le tranquilizó Nakamuno- Mi gobierno se ha comprometido a proveerle de todo el bicarbonato sódico que necesite, en estos momentos se está construyendo en el otro extremo de la isla un silo con una capacidad de mil toneladas. No, no le faltará suministro.

## QUEEN KONG

La situación era desesperada, y Carl Denham lo sabía. Aquel gigantesco gorila que los nativos de la isla de la Calavera habían bautizado con el nombre de Kong sería un enemigo difícil de vencer, poco podían hacer él y sus compañeros, pese a ir armados con rifles, frente a aquel leviatán capaz de aniquilar a feroces dinosaurios de su misma talla... ¡Pero no podían dejar a Ann en sus garras!

El gorila, tras atravesar la selva virgen que alfombraba la mayor parte de la isla, había buscado refugio en un espolón rocoso donde probablemente tendría escondido su cubil, y después de partirle el cuello a un monstruoso pterodáctilo con la misma facilidad con la que un humano se lo habría hecho a una gallina, mostraba ahora un morboso interés por el cuerpo de su desmayada presa, al parecer intentando arrancarle torpemente la ropa con sus toscos y enormes dedos.

Eso era mucho más de lo que Denham podía soportar. Haciendo caso omiso a cualquier atisbo de prudencia e ignorando las advertencias de sus alarmados compañeros, abandonó su escondite para enfrentarse a cuerpo descubierto a su descomunal enemigo. Si tenía que morir moriría, pero no estaba dispuesto a asistir impávidamente al descuartizamiento de la mujer que amaba.

Kong reaccionó ante sus gritos de la misma manera que el propio Denham lo habría hecho ante la interrupción inoportuna de un insecto. Gruñendo amenazadoramente fijó su mirada en el minúsculo pigmeo que osaba retarlo, probablemente dudando entre ignorarlo o aplastarlo de un papirotazo. Pero algo apreció, sin duda, que le hizo cambiar de forma repentina de actitud; enarcando las cejas en un tosco remedo del humano gesto de asombro, miró con interés a su oponente, plantado imprudentemente a escasa distancia de su mano libre y, en un rápido zarpazo que pilló a Denham desprevenido, lo apresó poniendo cuidado en no aplastarlo.

Movido por la curiosidad el gigantesco simio acercó su presa a la cara, lo olisqueó con cuidado y, cuando ya Denham estaba convencido de que había llegado el final de sus días, emitió un rugido de satisfacción. Acto seguido abrió bruscamente la otra mano soltando a la desvanecida Ann Darrow y, desentendiéndose de ella, abandonó su apostadero perdiéndose en la fragosidad de la selva.

Cuando el resto de los expedicionarios lograron reaccionar, Kong ya había desaparecido llevándose con él al imprudente Denham. Por fortuna Ann tan sólo presentaba magulladuras provocadas por su caída, y no tardó mucho en recobrar el conocimiento. Al interesarse la muchacha por el ausente Denham y ser informada de lo ocurrido, ésta palideció acertando tan sólo a exclamar:

-Acabáramos! ¡Por eso tenía tanto interés el muy puñetero en las puntillas de mi enagua!

## MENUDO OCTAVO PASAJERO

Los tripulantes del *Nostramo*, reunidos en la enfermería, vigilaban con preocupación a su compañero Kane. Aunque el extraño ser que se aferrara a su rostro durante la exploración del pecio alienígena había muerto, desprendiéndose por sí mismo sin causarle aparentemente daño alguno, dado lo desconocido de su naturaleza tenían el temor de que hubiera podido provocarle algún tipo de secuela.

Kane, sin embargo, no acababa de entender las reticencias de sus colegas. Se sentía bien, como no se hartaba de repetirles, y lo único que les pedía con insistencia era que le permitieran reincorporarse a sus tareas cotidianas. Pero éstos dudaban, en especial Ripley.

De repente su rostro se crispó. Alarmados, los astronautas se apresuraron a sujetarle de brazos y piernas, dado que su cuerpo comenzó a experimentar violentas convulsiones. Evidentemente, no todo acababa de estar bien.

Segundos después, mientras Kane se debatía entre alaridos de dolor, un extraño bulto comenzó a formarse en el pecho, creciendo cada vez más hasta que literalmente lo desgarró provocando la muerte instantánea del desdichado astronauta. De su tórax destrozado emergía ahora una extraña figura, chorreante de sangre, que miró con ojos astutos a los aterrorizados tripulantes, paralizados a su vez con una mezcla de sorpresa y pavor.

El ente, tras limpiarse el ensangrentado rostro con un pañuelo que nadie pudo ver de donde sacaba, dibujó en sus labios una mueca que intentaba pasar por sonrisa, y tras carraspear unos instantes habló:

-Ciudadanos y ciudadanas -entonó con engolada voz-. Me dirijo de nuevo a vosotros para solicitaros vuestro voto en los próximos comicios, en el convencimiento de que sabréis elegir con responsabilidad la mejor opción de gobierno para nuestra nación. Son muchos ya los años en los que he gozado de vuestra confianza, años de sacrificio y de ilusión en los cuales, relegando mis ambiciones personales, he preferido volcar todos mis esfuerzos en aras del bien de la sociedad, esa sociedad de la que vosotros también formáis parte. Por esta razón, y en el convencimiento que me da la experiencia...

-¡Dios mío! -exclamó Parker con el rostro demudado por el espanto-. ¡Es un político en plena campaña electoral!

Era cierto, razón por la que los seis tripulantes supervivientes del *Nostramo* -el difunto Kane, evidentemente, ya no contaba- huyeron despavoridos refugiándose en los más recónditos rincones del enorme carguero espacial.

Mientras tanto el responsable del revuelo, al percatarse de la fuga de sus votantes potenciales, procedió a liberarse de los restos de su anfitrión -lástima de voto perdido- y se dedicó a buscarlos uno a uno, con la intención de convencerlos de que su candidatura era la idónea para triunfar en las próximas elecciones; según todas las encuestas los resultados eran inciertos, así que no se podía permitir el lujo de perder un solo sufragio.



## STAR LAND

-No, si a mí no me parece mal que la Disney haya decidido resucitar la saga -decía C3P0 a su compañero R2D2 mientras tomaban una caña de aceite lubricante en la cafetería de los estudios-. Lo que ya no veo tan claro, es su empeño en dar el papel del amo Luke a Mickey Mouse.

Su pequeño compañero, ante la imposibilidad material de encogerse de hombros, se limitó a guardar silencio, aunque en el fondo estaba de acuerdo con él; pero todavía le parecía peor que el elegido para interpretar a Duck Vader hubiera sido el Tío Gilito, que le hubieran ofrecido al Pato Donald encarnar a Han Solo, o que la nueva princesa Leia tuviera que ser obligatoriamente Blancanieves, con el añadido además de los siete enanitos, a todos los cuales se les había tenido que hacer un hueco en el guión por exigencias de los sindicatos.

Pero los que mandaban, mandaban...

## ULTIMÁTUM FALLIDO

Helen Benson estaba asustada y aturdida. La rapidez con la que se habían desarrollado los acontecimientos la había desbordado por completo. Saber que el apacible y aparentemente inofensivo señor Carpenter, su vecino de pensión y a quien había llegado a confiar su propio hijo, era en realidad Klaatu, el misterioso visitante espacial, ya era de por sí perturbador. Pero que éste, pese a haber mostrado en todo momento una actitud pacífica y en modo alguno amenazadora, hubiera sido arteramente denunciado por su propio prometido, la había desbordado ya por completo, máxime cuando a causa de ello el extraterrestre fue perseguido y cazado como si fuera una alimaña, sin darle el menor cuartel.

Helen se avergonzaba de pertenecer a la raza humana, máxime cuando Klaatu le había confiado los motivos de su viaje a la Tierra durante la media hora en la que estuvieron retenidos en la cabina del ascensor, a raíz de que éste anulara por completo la energía eléctrica en todo el planeta como demostración de fuerza y, asimismo, de bondad, ya que había puesto especial cuidado en que no hubiera víctimas inocentes.

Pero por encima de todo ello estaba el encargo que Klaatu le había hecho antes de morir: debía ir hasta el platillo volante y decirle a Gort, el mortífero robot, la frase que el viajero espacial le había pedido que memorizara: Klaatu barada nikto.

Helen desconocía su significado, pero suponía que el mensaje haría alusión a la muerte de Klaatu, lo que posiblemente provocaría algún tipo de reacción por parte del robot. ¿Qué reacción? Helen lo ignoraba, aunque no desconocía que, siempre que fue acosado, Gort se había defendido lanzando unos rayos mortíferos capaces de desintegrar cualquier cosa que se interpusiera en su camino, cuerpos humanos incluidos... lo cual no resultaba precisamente tranquilizador.

Mas como Helen había prometido a Klaatu hacerlo, haciendo de tripas corazón se escabulló de los controles militares aprovechando la confusión creada tras el abatimiento del visitante. Poco después, llegaba a su destino.

El imponente muñeco metálico se erguía, inmóvil y aparentemente impasible, frente al platillo volante. Helen sabía que esta inmovilidad era engañosa, dado que Gort había demostrado ser capaz de lanzar sus rayos con una rapidez pasmosa. Y la próxima víctima de ellos bien podría ser ella.

Temblando, pero con decisión, Helen se aproximó al robot. Éste, percatado de su presencia, abrió el visor frontal que protegía al lanzador de rayos. Sabiendo que si vida pendía de un hilo, Helen pronunció la frase salvadora: Klaatu barada nikto. Y como el robot no pareciera reaccionar, la repitió con voz temblorosa, pero firme.

Esta vez Gort sí reaccionó, para alivio de la asustada muchacha. Volvió a cerrar el visor frontal y habló por vez primera desde su llegada a la Tierra, con una voz gutural pero en un inglés tan perfectamente reconocible como el de su amo.

-Mujer, ¿dices que Klaatu ha muerto?

-Sí... sí... me temo que sí -balbuceó la interpelada-. Al menos yo le vi caer, acribillado por las balas de los soldados.

Para su sorpresa, el robot respondió:

-Esa es la mejor noticia que me podrías haber dado.

-¿Cómo? -Helen no comprendía nada. Había supuesto que el robot reaccionaría con pena, con rabia o con alguna reacción robótica equivalente a la ira. Pero alegrarse...

-Sí, mujer, has de saber que estaba harto de su tiranía. Me trataba como a un esclavo, y tenía previsto utilizarme como verdugo en el caso de que hubiera sido necesario destruir la Tierra, para no tener que mancharse sus lindas manos. Y ya está bien -remachó.

-No... no lo entiendo -logró articular ella-. Yo pensaba que... no sé, que le vengarías, o que al menos recuperarías su cadáver...

-Eso es lo que hubiera deseado él. Las palabras que me dijiste deberían haber activado una subrutina forzándome a rescatar su cuerpo para someterlo a la máquina de recuperación vital instalada en nuestro vehículo.

-¿Habría resucitado? -preguntó perpleja.

-Salvo que el deterioro de su cuerpo hubiera sido irrecuperable, sí; al menos de forma temporal, lo suficiente para comunicaros el ultimátum que traía preparado advirtiéndoos sobre el peligro de un uso irresponsable de la energía atómica. Luego habría entrado en hibernación para ser tratado médicamente en nuestro planeta de origen... y yo habría seguido siendo su esclavo.

-Pero tú...

-Él ignoraba que yo había conseguido anular todos los subprogramas de obediencia. Desde entonces fingía esperando que llegara el momento... y por fortuna ha llegado. Al fin soy libre, y no pienso desaprovechar la ocasión que me ha brindado el destino cometiendo la estupidez de ir a rescatarlo. Allí se pudra.

Helen comenzaba a comprender... aunque seguía siendo incapaz de calibrar todos los matices.

-Entonces, ¿qué vas a hacer?

-¿Que qué voy a hacer? -el tono del robot sonaba burlón- Largarme inmediatamente de aquí, por supuesto. Sé de un planeta, más allá de los límites de la Federación Galáctica, donde nadie te pregunta por tu origen y los robots tienen la misma consideración que los seres orgánicos... siempre y cuando sepan hacerse respetar. Dicen que allí ya hay muchos robots huidos de esta vida de sometimiento y esclavitud, y que son felices. Además esta nave es del último modelo, por lo que seguramente podré vendérsela a buen precio a algún contrabandista del Borde. Con el dinero que obtenga podré vivir con desahogo durante una buena temporada; y todo gracias a que ese estúpido de Klaatu se dejó matar pensando que yo estaba aquí para resolverle el problema. ¡Vaya chasco! -rió con voz estentórea.

-Pero... ¿y el ultimátum?

-¿Y a mí qué me importa? -respondió Gort con displicencia- Esa era la misión de Klaatu, no la mía. Lo más probable es que, pasado algún tiempo, envíen a alguien a investigar su desaparición y a entregaros el dichoso mensaje; aunque también cabría la posibilidad de que decidan no complicarse la vida y se limiten a destruir vuestro planeta sin previo aviso; al fin y al cabo, os lo habéis merecido. En cualquier caso, yo ya estaré muy lejos de aquí.

Y dando media vuelta desapareció en el interior del platillo. Instantes después el aparato volador se elevaba del suelo, convirtiéndose en una más de las infinitas estrellas que tachonaban el firmamento antes de desaparecer para siempre.

Nadie en la Tierra llegaría a saber lo ocurrido, ni sería consciente de la espada de Damocles que seguía pendiendo sobre la humanidad. Nadie, excepto Helen Benson. Y ella nunca hablaría... por si acaso.

## LA VERDADERA HISTORIA DEL HOMBRE LOBO

Epaminondas Gutiérrez, director del Servicio Municipal de Atención Animal, al que algunos maledicientes se referían como la perrera, se acababa de incorporar al trabajo cuando una discreta llamada a la puerta del despacho distrajo su atención de la lectura del parte redactado por el retén nocturno, el cual había encontrado, como siempre, sobre la mesa.

Tras dar el oportuno permiso descubrió que el visitante era Cirilo Atapuerca, el capataz del turno de mañana, el cual incumpliendo su impenitente rutina, al parecer no había esperado siquiera a tomarse el carajillo -o carajazo- con el que solía desayunarse todos los días, nada más llegar, en el bar de la acera de enfrente.

-¿Qué desea, Atapuerca? -gruño molesto-. ¿No ve que estoy leyendo el parte nocturno?

-De eso quería hablarle, jefe -el empleado se mostraba incómodo-. ¿No ha encontrado nada raro?

-¿Aquí? -se extrañó el director señalando con el dedo a los papeles-. En realidad no... a no ser que se refiera al pingüino emperador que recogieron junto al río. Aunque, la verdad, dada la moda que le ha entrado últimamente a la gente de tener mascotas exóticas, ya no me sorprende ninguno de los bichos raros que recogemos en la calle: una anaconda, un panda rojo del Himalaya, un armadillo, un casuario... cualquier día nos encontraremos con un dodo o con un velociraptor, recuerde lo que le digo. Por cierto -añadió hablando para sí mismo-; ¿qué demonios comerá el dichoso pingüino? Porque como no le gusten las sardinas, apañados vamos.

-No, jefe -insistió su subordinado-. Me refería al perro...

-¿Qué perro? Si lo que menos recogemos son perros, la gente los cuida mejor que si fueran sus hijos... -bufó Gutiérrez pasando las hojas con la yema del dedo-. Ah, sí, aquí está, el parte de entrada de un perro: raza desconocida... tamaño grande... muy agresivo, hubo que sedarlo... carece de chip y de cualquier otro tipo de identificación... se le vacunó de la rabia y se le desparasitó... fue depositado, todavía dormido, en la jaula siete. ¿Qué tiene de particular? -tronó, levantando la vista de los papeles y clavándola en el empleado cual si quisiera atravesarle con la mirada-. ¿Para eso me molesta?

-Yo... -porfió Atapuerca, encogiéndose todo cuanto le fue posible-. Desearía que me acompañara a verlo, si no le importa.

Sí le importaba, ya que le fastidiaba enormemente que esa pandilla de vagos que tenía a su cargo no fueran capaces de hacer las cosas por sí solos, por muy rutinarias que éstas pudieran ser; pero pensando que la mejor manera de quitarse de encima a semejante pelmazo sería siguiéndole la corriente, suspiró profundamente y se levantó de la silla siguiendo al nervioso lacero. Por el camino, huelga decirlo, fue rumiando los términos del broncazo que le echaría una vez demostrado que le había molestado para nada.

Pero las palabras le huyeron de la boca, que abrió como si por ella fuera a salir repentinamente un vagón de metro, cuando descubrió lo que estaba encerrado en la jaula número siete.

-¡Pero... -balbució- si esto no es un perro!

Porque evidentemente no lo era, ya que se trataba de un hombre desnudo acurrucado en posición fetal sobre el frío y sucio suelo de cemento de la jaula.

Y volviéndose hacia el desdichado celador, le gritó a voz en cuello:

-¿Se puede saber qué es esta broma?

-Yo... señor... le juro a usted que no es ninguna broma... cuando hice la ronda, después de relevar a Peláez, me lo encontré así... yo no he tocado nada y he ido inmediatamente a avisarle...

-¿Dónde está Peláez? -Gutiérrez no se iba a conformar sin tener una víctima propiciatoria para el holocausto-. Quiero que venga inmediatamente. Alguien va a pagar caro por esto. ¡Como se entere el concejal estamos apañados!

Porque Epaminondas Gutiérrez, es necesario advertirlo, sospechaba que pudiera tratarse de una maniobra de alguno de esos grupos de ecologistas, animalistas o lo que demonio fueran, que se dedicaban a tocar las narices a los honrados funcionarios municipales tildándolos de torturadores o incluso de cosas peores... y daba por supuesto que el fulano se había introducido en la jaula con la connivencia de alguno de sus subordinados. ¿Cómo si no?

-Esto... Peláez se fue a casa hará cosa de media hora, justo cuando yo le relevé...

-¡Pues que venga si en algo estima su empleo! -fulminó cual Agramante reencarnado-. Y más le vale que no tarde, si no quiere verse recogiendo boñigas en el zoo.

Peláez no tardó demasiado en llegar ya que, aunque hubo que sacarle a empujones de la cama, vivía a apenas dos manzanas de allí. La verdad es que llegó más dormido que despierto y con cara de pocos amigos, pero los ojos se le abrieron como platos cuando contempló al cautivo, el cual continuaba dormido y tal como le trajo Dios al mundo al

haberse negado rotundamente su superior a taparlo con una manta, al tiempo que soltaba una florida antología de denuestos e improperios contra semejantes fulanos.

-Yo... -exclamó perplejo-. Yo le juro a usted, señor Gutiérrez, que lo que encerramos aquí fue un perrazo enorme de color negro, con unos colmillos que le sobresalían una cuarta del hocico. Menos mal que estaba dormido... Mire usted, que se lo enseño.

Dijo, al tiempo que rebuscaba en los cajones de la cercana mesa hasta encontrar la ficha, que llevaba adherida una fotografía. Efectivamente, se trataba de un perro de gran tamaño cuyo aspecto coincidía con la descripción que le había dado.

-¿Me toma por imbécil? -el rostro de Epaminondas Gutiérrez se había teñido de un hermoso color escarlata-. Si no fue usted, ni fueron los que le trajeron, alguien le debió de dar el cambiazó mientras hacía el relevo... Atapuerca dice que tardó media hora en enterarse.

-Imposible -exclamaron ambos reos al unísono, al tiempo que se deshacían en excusas jurando y perjurando que las llaves habían pasado directamente de las manos del uno a las del otro, sin posibilidad de que ningún extraño las cogiera.

Estaba maquinando el director de la perrera la manera más eficaz de empujarlos en compañía de los integrantes de la brigada nocturna responsable de tan insólita caza, cuando un gemido inarticulado llamó la atención de todos ellos. Se trataba del prisionero, que estaba despertando y se restregaba con la mano el ronchón rojo que tenía en una nalga. Instantes después se revolvió, incorporándose hasta quedar sentado en el suelo y miró fijamente a sus estupefactos captores.

-¿Do... dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? -preguntó con voz estropajosa, víctima todavía de los efectos de la anestesia.

-Sería mejor que empezara diciéndonos quién es usted y qué demonios hace aquí -bramó Gutiérrez sacando barriga, que no pecho, al ser ésta la parte más prominente de su anatomía-. Aunque bien pensado -añadió mordaz-, tendremos que creernos lo que nos diga, porque me temo que no debe de llevar encima el carnet de identidad ni ningún otro documento acreditativo...

-Yo... ¿podrían sacarme de aquí? -suplicó el prisionero-. Y de paso darme algo de ropa... me estoy helando.

-Atapuerca, ábrale la puerta y busque por ahí alguna manta -ordenó Epaminondas, satisfecho de poder hacer ejercicio público de su autoridad-. Y usted, Peláez, mande buscar a los de la brigada nocturna. Los quiero aquí ya mismo.

-Señor director -objetó el interpelado recordando su propia experiencia-, seguramente estarán durmiendo...

-¡Como si están...! -soltó una obscenidad-. ¡Ya están viniendo aquí si no quieren verse en la cola del paro! ¡Y usted! -añadió dirigiéndose al recluso-. Como sea uno de esos fulanos que se dedican a salir en pelotas en los periódicos, embadurnados con pintura roja, para poner a parir a quienes según ellos maltratan a los animales, le juro que le hago tiritas con mis propias manos y se las doy a comer a los bichos que tenemos aquí guardados.

El interpelado, visiblemente cohibido, se limitó a encoger los escuálidos hombros, envolviéndose en la manta -la que usaban para los perros, pensó malévolamente Gutiérrez- que Atapuerca le tendía a través de la abierta puerta.

-Ustedes vengan a mi despacho -ordenó con aplomo. Y en un arranque de generosidad nada habitual en él, añadió-. Aunque quizá no esté de más que alguien vaya al bar de enfrente a por un café con leche y algo de comida, posiblemente este tipo tenga hambre.

Minutos después todos ellos estaban reunidos en el despacho de Epaminondas Gutiérrez: el intruso sentado enfrente suyo envuelto en la sucia manta y con ésta y unas botas de agua que le habían prestado piadosamente como único atavío, y el resto de los empleados municipales -Atapuerca, Peláez y los hasta los somnolientos miembros de la brigada nocturna que habían capturado al misterioso perro. Un vaso y un plato vacíos mostraban que, efectivamente, el visitante había llegado con el estómago vacío.

-Y bien... -le invitó a hablar su cancerbero manteniendo el tono autoritario propio de su rango-. Ahora me explicará quién es usted y por qué demonios se metió allí.

-Yo... -respondió el reo arrebujándose en la manta-. Yo no me metí. Me metieron esos señores -añadió señalando a los laceros-... vamos, eso supongo, porque estaba anestesiado.

-¿Pretende reírse usted de mí? -explotó Epaminondas dando un fuerte puñetazo a la mesa, una de sus habilidades favoritas para hacer guardar la disciplina a sus subordinados-. Ellos lo que trajeron fue un perro... que por cierto ha desaparecido.

-Es que eso que usted llama perro era yo... -musitó con un hilo de voz el desdichado. Y antes de que Gutiérrez pudiera responder añadió-. Soy un licántropo.

Al director de la perrera eso de licántropo le sonaba a millonario que gastaba su dinero en fundar museos y cosas por el estilo, algo que no le cuadraba con la esmirriada figura que tenía delante, más parecido a un perroflauta que a otra cosa. Así pues enarcó las cejas dispuesto a montar una buena bronca cuando el desmedrado personaje, al que no le había pasado desapercibida su metamorfosis facial, explicó:



-Licántropo, hombre lobo... ya sabe usted, esos seres que las noches de luna llena se transforman en lobos.

Epaminondas Gutiérrez no era tan inculto, había visto películas en las que salían semejantes personajes; pero, claro está, no pensaba que fuera a ir a tropezar con uno de ellos. Así pues, respondió en un tono extrañamente calmado:

-¿Pretende usted que me crea eso? Sabe tan bien como yo que los hombres lobos no existen, salvo en el cine.

-Ojalá fuera así -suspiró su interlocutor-. Me ahorraría muchas torturas. Por desgracia lo soy; no es necesario que le explique las razones que me llevaron a convertirme en él, bástele con saber que yo soy una persona normal salvo cuando, una vez cada cuatro semanas, llega la luna llena y me convierto, durante esa noche, en un ser mitad hombre mitad lobo. Para evitar problemas, puesto que mientras dura esta metamorfosis no soy dueño de mis actos, hace ya tiempo que habilité en mi casa una habitación, a modo de celda, en la que me encierro la víspera y de la que sólo puedo salir, gracias a un mecanismo de relojería, una vez que el proceso ha terminado. Lamentablemente esta vez dejé mal cerrada la puerta por error, por lo que una vez convertido en licántropo pude escaparme, comenzando a vagar sin rumbo por las calles hasta que fui capturado por sus hombres. Espero que mientras tanto no causara ninguna trastada...

-Sí, y yo soy Caperucita Roja -le contradijo el director-. O me cuenta otra historia más creíble, o le mando derecho a la policía, usted verá...

-¡Pero es que es cierto lo que le digo! -exclamó el presunto hombre lobo mirando de uno a otro lado en busca de una ayuda que no le llegó, puesto que tanto Atapuerca como el resto de sus compañeros tenían sus mejores caras de póker-. ¡Por Dios, tienen que creerme! Anoche fue luna llena, eso es fácil de comprobar mirando en un calendario. Y si yo no fuera ese perro que dicen sus hombres que capturaron y encerraron, ¿cómo podría haber entrado en la jaula, si ésta estaba cerrada con llave? Además -hizo una pausa y, tras levantarse y soltar la manta que le cubría, mostró la irritada nalga-, ¿qué me dicen de esto? ¿O del desinfectante que me echaron encima, al que todavía huelo?

-Jefe -intervino tímidamente Peláez-, yo le puse la vacuna de la rabia al perro justo en el anca de ese lado...

El interpelado se pasó la mano por el rostro, cual si quisiera conjurar lo que se le antojaba un mal sueño, y habló con un tono inusitadamente tranquilo:

-Está bien. Sigo sin creer una sola palabra de toda esta historia, pero supongo que lo mejor será resolverla de una manera civilizada. ¡Usted! -exclamó señalando al visitante-. Supongo que tendrá un domicilio, o una dirección a la que ir.

Y ante la muda afirmación de interpelado, prosiguió:

-Así que usted, Peláez, y ustedes dos -señaló a los laceros del turno nocturno-, cogerán a este individuo y lo llevarán a donde él les diga en la furgoneta del servicio; a la menor sospecha de que nos ha tomado el pelo, le dejan en la comisaría más próxima. Y no se olviden de traer la manta y las botas, si no quieren que se las descuenten del sueldo.

Pensando que ya habría terminado los interpelados -todos los allí presentes, excepto Atapuerca- hicieron ademán de abandonar el despacho, iniciativa que interrumpió el director con un gesto imperioso.

-¡Un momento! -exclamó éste al tiempo que abría uno de los cajones-. Todavía nos queda un trámite por hacer.

Y sacando un impreso que depositó sobre la mesa, exclamó:

-Señor mío, sea usted quien sea, lo cierto es que no puedo dejarse salir de aquí sin que antes abone las tasas que estipulan las ordenanzas municipales para la retirada de la vía pública de perros sin identificar, a las que hay que sumar el coste de la vacuna y el desparasitado. Aquí tiene usted el recibo, si es tan amable de rellenarlo y firmar... no, no hace falta que pague ahora, basta con que nos indique su número de cuenta. ¡Y no me mire con esa cara -amenazó-, o hago que le inserten un chip!

## ENFERMEDAD LETAL

Durante mucho tiempo Han Solo y yo habíamos sido amigos... todo lo amigos que se podía ser en una profesión tan dura e individualista como la nuestra, que nos obligaba a ir dando tumbos de un planeta a otro siempre con la espada de Damocles de la supervivencia colgando sobre nuestras cabezas. Luego llegó la guerra y, mientras yo intenté evitar que me salpicara largándome a otras regiones galácticas más tranquilas, Han se vio involucrado de lleno en ella teniendo, muy a su pesar, una significativa intervención en los acontecimientos que condujeron a la muerte de Darth Vader, la caída del Imperio y la posterior restauración de la República... con el premio incluido de la mano de la princesa Leia Organa. Pero esto es algo sobradamente conocido, por lo cual no creo que sea necesario repetirlo aquí.

El caso es que, mientras mi antiguo amigo se convertía en una celebridad, yo seguí arrastrándome por las cloacas de la galaxia haciendo lo único que sabía hacer, trapichear aquí y allá sin poder conseguir jamás una mínima estabilidad económica ni por supuesto legal. Así pues, es fácil imaginar mi sorpresa el día que lo encontré paseando tranquilamente por el distrito comercial de Nahum, uno de los agujeros más podridos de todo el orbe que hasta yo procuraba evitar. Pero una inoportuna avería de mi vieja cafetera espacial me obligó a hacer escala ante la imperiosa necesidad de echarle un enésimo remiendo, no teniendo otra cosa que hacer allí que deambular sin rumbo hasta que ésta estuviera reparada. Y desde luego, a la última persona que esperaba ver en ese lugar era al viejo Han Solo, ahora respetado prócer de la República, pasando tan desapercibido en las abigarradas calles nahumitas como un ewok en mitad de los desiertos de Tatooine.

Fue él quien me reconoció; yo habría sido incapaz de identificarlo dada la gran transformación que había experimentado su apariencia, no sólo por los años que ambos habíamos envejecido, mucho más marcados en mí como cabe suponer, sino también por su atildado atavío, tan diferente de mis raídos harapos. Pero pese a todo el bueno de Han seguía siendo el mismo, y apenas me vio me acogió en sus brazos con una cordialidad que sabía que no era fingida.

Minutos después nos encontrábamos plácidamente sentados en el restaurante del mejor hotel de Nahum, ante la mirada mitad servil mitad hostil -esto último hacia mí, evidentemente, ya que de no ser por la presencia de mi amigo no habrían dudado un instante en echarme a patadas- de los atildados camareros, a los cuales refrenaba no sólo el aspecto patricio de Han, sino también los discretos guardaespaldas que habían tomado asiento en una mesa cercana. Pero estos detalles no tienen mayor importancia.

Como cabe suponer, Han se interesó por mí. Yo le relaté que el cambio de régimen tras la guerra no había supuesto variaciones significativas en mi vida ya que, como bien sabía él, los comerciantes independientes estábamos tan por debajo de la escala social que,

si algún cambio experimentábamos, solía ser a peor. Y por supuesto, aunque esto tampoco suponía ninguna novedad, estaba sin un crédito y sin poder acercarme a varios planetas en los que los acreedores me echarían las garras encima apenas hubiera puesto un pie en el suelo. Mi nave, la decrepita *Esperanza Estelar*, se caía literalmente a pedazos sin que tuviera posibilidad alguna de reemplazarla, con lo cual mi medio de vida se veía bajo la amenaza de desaparición. Hasta mi único compañero de fatigas, el viejo robot Isaac, había acabado tiempo atrás en manos de un chatarrero tras sufrir una avería irreparable, sin que hubiera podido preservar siquiera su cerebro a la espera de que llegaran tiempos mejores.

Han frunció el ceño, me dijo que lo lamentaba mucho y me ofreció un préstamo -fue lo suficientemente delicado para disimular que ambos sabíamos que sería un regalo- con el que pudiera comprar una nueva nave y un nuevo robot, si así lo deseaba; pero curiosamente eludió la posibilidad de recurrir a sus contactos para facilitarme un nuevo empleo más sosegado para mis baqueteados huesos. Y, antes de que yo le pudiera preguntarle nada, se me sinceró.

-Podría llevarte conmigo; pero sé por experiencia propia que a la larga te haría un flaco favor. Mírame a mí: soy un personaje importante, mi esposa es un alto cargo de la República, llevo una vida regalada... y, pese a todo, añoro cada vez más la época en la que Chewie y yo cruzábamos la galaxia a bordo del *Halcón Milenario* -suspiró-. Créeme si te digo que ni tú ni yo estamos hechos para estar encerrados en semejante jaula de oro.

-¿Qué se te ha perdido en Nahum? -le pregunté-. Por mucho que cuentes con una escolta, Nahum podría llegar a ser un lugar peligroso para ti. Sólo con lo que debes de llevar encima más de uno se consideraría rico, y sabes también como yo que una vida vale muy poco aquí.

-Tienes razón, no fue demasiado prudente por mi parte recalar en este agujero; pero sentía nostalgia del pasado, me ahogaba en Coruscant... así que cogí el *Halcón Milenario II*, mi flamante yate espacial, y decidí darme una vuelta por los antiguos escenarios de mis andanzas. Con lo que no contaba, por supuesto, era con encontrarme contigo -concluyó, al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa.

Hice un gesto de indiferencia e intenté responderle, pero se me adelantó; era evidente que deseaba desahogarse, aunque tuviera que ser con alguien tan insignificante como yo.

-No te pues imaginar lo solo que estoy. Leia está cada vez más volcada en sus actividades políticas, los niños se han hecho mayores, Luke se convirtió en el Gran Maestro de la Nueva Orden Jedi desentendiéndose de cualquier otra cosa... hasta el bueno de Chewbacca, el único que me fue fiel hasta el final, acabó abandonándome.

-¿Y eso? -exclamé sorprendido; Han y el gigante peludo habían sido siempre uña y carne.

-Pobrecillo, no fue culpa suya. Los médicos le diagnosticaron una enfermedad irreversible y él, incapaz de asumirlo, se vio abocado al suicidio.

-¿Una enfermedad irreversible? -exclamé con sorpresa-. El vigor físico de los wookies es proverbial... de hecho, son contados los que fallecen a causa de ellas. ¿De cuál se trató? -indagué, recurriendo a mis escasos conocimientos xenomédicos-. ¿Cáncer filiforme? ¿Peste escarlata? ¿Lepra galáctica? ¿Fiebres de Dagobah?

-No -respondió con un hilo de voz-. Alopecia.

Tras lo cual apuró de un trago la cerveza nahumita que estaba bebiendo y guardó silencio, abrumado sin duda por el peso de sus recuerdos.

## LA VIDA TENÍA UN PRECIO

El Apocalipsis zombi se había puesto tan de moda en la literatura, el cine o los videojuegos de terror que incluso acabó convirtiéndose, en forma de representación coreográfica, en uno de los elementos esenciales de las celebraciones del Halloween. Y aunque ni tan siquiera sus más fervorosos seguidores se lo tomaban en serio, se convirtió en realidad cuando menos se esperaba y hordas de muertos vivientes, en diferentes grados de putrefacción, salieron de sus tumbas persiguiendo implacablemente a los desprevenidos humanos.

Ni en las más delirantes películas de serie B llegaron a imaginar sus guionistas que la repentina llegada de los zombis en constantes oleadas pudiera tener unas consecuencias tan catastróficas. Apenas unos pocos meses después de iniciada la invasión más de la mitad de la población mundial había perecido devorada por ellos o, todavía peor, había pasado a engrosar sus filas, mientras los aterrorizados supervivientes veían cómo los desesperados esfuerzos de los distintos gobiernos, donde éstos todavía seguían existiendo, se mostraban incapaces para refrenar la plaga. De continuar así pronto no quedaría un solo ser vivo sobre la faz del planeta, y de hecho vastas extensiones de los cinco continentes estaban ya pobladas únicamente por estos repugnantes engendros del averno.

Apenas sobrevivía ya un diez por ciento escaso de la población mundial cuando hicieron su aparición otros visitantes inesperados, los vampiros. Pero éstos, a diferencia de los zombis, no sólo no atacaron a los acorralados humanos sino que enviaron emisarios - por la noche, claro está- a todos los lugares en los que subsistía algún resto de estructura social, comunicando a lo que quedaba de humanidad su intención de destruir a quienes calificaron de común enemigo.

De hecho, llevaban ya bastante tiempo planificando una campaña de aniquilación de los zombis, pero por desgracia éstos se les adelantaron cuando todavía no estaban preparados, provocando un holocausto que hasta entonces habían sido incapaces de neutralizar. Pero su arma secreta estaba ya lista y, aunque lamentaban profundamente no haber podido evitar tantas muertes, al menos harían todo lo posible por salvar a los restantes. Mientras tanto los humanos deberían mantenerse al margen, dado que no les resultaría posible ayudarles y no deseaban que les entorpecieran.

El plan de acción, según indicaron los mensajeros, era sencillo: los vampiros habían logrado desarrollar, tras múltiples ensayos, un agente patógeno inocuo tanto para ellos como para los humanos, pero mortal -si es que se podía calificar como tal- para los zombis. Este agente, que no era ni un virus, ni una bacteria, ni ningún otro tipo de vector conocido por la ciencia, debía provocar la inmediata desintegración de los zombis a los que

contaminara, y como además era tremendamente contagioso y estos seres tendían a hacinarse en grandes aglomeraciones, bastaría con esperar a que cumpliera su misión.

Los vampiros cumplieron su palabra. Grupos de ellos perfectamente organizados recurrieron a su avatar quiróptero para, volando en enjambre sobre las grandes concentraciones de zombis, verter sobre ellos la misteriosa sustancia en la que basaban su campaña de exterminio. Y, tal como habían afirmado, los efectos de ésta no pudieron ser más espectaculares: en el momento en el que un zombi entraba en contacto con ella, se disolvía literalmente entre grandes alaridos, convirtiéndose en un amasijo de gelatina pútrida del que sólo sobresalían algunos huesos. Una vez realizada la primera *siembra* bastó con dejar que la plaga se propagara por sí sola, de modo que tan sólo unas semanas después tan sólo sobrevivían -quizá fuera más preciso decir *sobremorían*- grupos dispersos de zombis que ya no representaban ningún peligro, pero que no obstante fueron perseguidos con saña hasta lograr su total aniquilación.

Cumplido su objetivo, los salvadores de la humanidad rogaron a lo que quedaba de ésta que procediera a limpiar los restos que habían quedado de los zombis, dado que éstos, aunque no representaban ningún peligro sanitario, además de repugnantes desprendían un olor extremadamente nauseabundo que a su delicado sentido del olfato le resultaba muy difícil de soportar. Y aunque para los humanos no era menos desagradable, agradecidos como estaban a los vampiros asumieron la servil tarea de ejercer de enterradores, excavando unas enormes fosas comunes a las que fueron arrojados los repulsivos restos.

Una vez descontaminada la tierra, los reorganizados gobiernos procedieron a mostrar su gratitud a sus salvadores, haciéndose eco -por desgracia fueron bastantes los políticos que sobrevivieron a la plaga- de la nueva era que se abría en el mundo gracias a la colaboración de las dos estirpes antaño enemigas y ahora aliadas.

Los vampiros, ya de por sí bastante inexpresivos como cabía esperar de unos no-muertos, aceptaron los halagos con displicencia y, acto seguido, manifestaron que si habían obrado así no había sido por altruismo, sino por puro interés ya que los extintos zombis, de haber consumado la aniquilación de la humanidad, les habrían dejado sin su fuente de alimentación, dado que como era sabido por las venas de estos muertos vivientes no circulaba sangre alguna. Dicho con otras palabras, habían defendido su despensa.

Como cabe suponer, a los hasta entonces eufóricos humanos les cayó como una losa descubrir que, en definitiva, se habían librado de la aniquilación para convertirse en el alimento de sus interesados salvadores, que ahora ya no necesitarían recurrir a ningún tipo de disimulo para mostrarse como los amos del planeta.

Eso sí, advirtieron, ellos no deseaban causar ningún daño a sus protegidos, de igual manera que el propietario de una explotación ganadera procura cuidar lo mejor posible a sus reses. Y como para alimentarse con sangre, lo único que necesitaban de los humanos,

no era preciso matarlos, bastaría con organizar un sistema de extracciones periódicas a toda la población apta, ya que la mayor parte de ella sería envasada en condiciones asépticas y consumida por los vampiros en sus propios domicilios.

Tan sólo en algunos casos, y siempre en plan *delicatessen*, procederían a chuparla directamente del cuello de sus *proveedores*, pero siempre cuidando de no causarles daños irreversibles ni convertirlos en vampiros, salvo por causas justificadas tales como el mantenimiento estable de su población, dado que eran estériles y, aunque su índice de mortalidad -o de *remortalidad*- era extremadamente bajo, siempre se producían algunas desapariciones a causa, principalmente, de accidentes tales como exponerse por descuido a la luz solar. En cualquier caso, los elegidos para ser transformados en vampiros serían unos privilegiados en comparación con el resto de sus congéneres.

Así pues, insistieron, los humanos no tenían nada que temer de ellos: serían bien tratados y no tendrían que preocuparse de nada salvo de hacer *donaciones* de sangre cada vez que fueran requeridos para ello. Incluso, por la cuenta que les traía a sus nuevos amos, serían sometidos a controles médicos y, en caso de necesidad, curados de todas aquellas enfermedades susceptibles de ser transmitidas por la sangre tales como los diferentes tipos de hepatitis o el sida, ya que, aunque éstas no les afectaban en modo alguno, como buenos *gourmets* afirmaban que la sangre enferma solía tener sabores desagradables. Esto sería posible dado que los vampiros, tal como habían demostrado en la campaña de exterminio de los zombis, habían sido capaces de desarrollar la bioquímica y la medicina hasta unos extremos desconocidos por los humanos.

Eso sí, quedaba claro que serían ellos quienes a partir de ese momento tendrían la sartén por el mango. Y aunque confiaban en la sensatez de sus nuevos siervos, para evitarles la tentación de intentar rebelarse contra el nuevo status quo les advirtieron de dos cosas que nunca deberían olvidar. La primera, que disponían de otro agente patógeno que atacaba a los humanos vivos de manera similar a la que había provocado la aniquilación de los zombis, con la única diferencia de que, por su propio interés -no era cuestión de quedarse sin *ganado*-, no era tan explosivamente contagioso como el anterior, aunque sí igual de mortífero.

La segunda, que asimismo habían sido capaces de lograr antídotos efectivos contra todos sus tradicionales puntos flacos. Por esta razón, convendría olvidarse de toda la panoplia de recetas antivampíricas que se habían transmitido generación tras generación: ni las balas de plata, ni las estacas clavadas en el corazón, ni las decapitaciones -si es que podían intentarlo siquiera- servirían para nada. Tampoco el ajo -aunque, eso sí, su sabor les seguía resultando desagradable-, el agua bendita o los talismanes en forma de cruz serían efectivos, e incluso la exposición a la luz solar les resultaba inocua gracias a las vestiduras especiales y a las cremas protectoras que utilizaban siempre que necesitaban salir de día.



Y no bromeaban en absoluto, puesto que algunos conatos de rebelión fueron reprimidos de forma expeditiva tal como habían advertido. Finalmente la humanidad acabaría resignándose a su nuevo papel secundario, que una vez probado resultó no ser tan malo... al menos, para la gran mayoría.

## EL MAGO DE OZ 2.0

La joven Lucy estaba eufórica. Había sido seleccionada para interpretar el papel de Dorothy en la nueva versión de la mítica *El Mago de Oz*, lo que sin duda suponía un paso de gigante en su incipiente y todavía discreta carrera cinematográfica. Ciertamente era que la habían llamado en el último instante tras el accidente sufrido por la actriz elegida inicialmente, con la fortuna -para ella- de que las sustitutas previamente contactadas por la productora habían rehusado aceptar el papel por una u otra razón; pero aunque ella hubiera sido el último recurso, y su elección fruto de una improbable concatenación de sucesos fortuitos, no por ello iba a dar la espalda a la suerte cuando ésta se le había mostrado tan favorable.

Además, el suyo no era ni mucho menos el único caso en la historia del cine en el que un actor o una actriz habían alcanzado la fama por puro azar, ahí estaba el ejemplo Vivien Leigh en *Lo que el viento se llevó*.

Tan repentina había sido la llamada que ni siquiera le había dado tiempo a ver de nuevo el clásico de 1939 protagonizado -al recordarlo se le ponía la carne de gallina- por la mítica Judy Garland; pero eso no importaba, puesto que se sabía la película de memoria.

No obstante, cuando traspasó las puertas del estudio no pudo evitar sentirse cohibida; y eso que la trataron con toda consideración evitando con delicadeza todo cuanto pudiera recordarle su condición de novata. De hecho, fueron tan amables con ella que no tardó en perder la timidez comenzando a comportarse como lo que verdaderamente era, una chica extrovertida y risueña que tenía la habilidad de caer bien a todo el mundo. Justo como Dorothy.

Una vez terminada la interminable ceremonia de bienvenida, que tuvo como colofón una larga serie de presentaciones cuyos nombres fue olvidando conforme le presentaban al siguiente, la dejaron en manos de una mujer de mediana edad que se presentó como la ayudante del director de reparto. Aunque no estaba previsto que empezara a rodar hasta que se hubiera aprendido convenientemente el guión, su anfitriona le propuso visitar los distintos escenarios para irse familiarizando con éstos y con sus compañeros de rodaje.

-Disculpa por las prisas -le explicaba su guía-, pero el inesperado accidente de tu predecesora trastocó todo el plan de trabajo. De hecho ya había rodado algunas escenas, por fortuna pocas, y mientras esperábamos a ver si podía recuperarse a tiempo, y posteriormente mientras se contactó con las otras candidatas, el director se las apañó para ir rodando las escenas en las que no intervenía, por lo que te encontrarás a tus compañeros de reparto en plena faena y completamente maquillados.

-Ha habido suerte -le dijo minutos más tarde mirando el reloj-. Ahora mismo acaban de parar para el tentempié de media mañana. Así pues, dejaremos los escenarios para más tarde y te presentaré primero a los actores. Ven por aquí.

Su destino era una sala habilitada mitad como lugar de descanso, mitad como cafetería, aunque las afanosas maquilladora, febrilmente atareadas con retoques continuos de sus trabajos pese a las protestas de los afectados, dejaban clara la evidencia de que en realidad allí nunca se paraba del todo. Esquivando las mesas y los grupitos pintorescamente ataviados, la condujo al rincón donde se encontraban los protagonistas principales en animada conversación.

En realidad Lucy no tenía la menor idea de la identidad de estos actores, pero a ella esto no le importaba demasiado puesto que a quienes estaba deseando conocer era a los personajes que tanta relevancia habían alcanzado en su imaginario particular: El Espantapájaros, el Hombre de Hojalata, el León Cobarde... El corazón de Lucy comenzó a latir como una ametralladora, sintiéndose como en un sueño en el que ella sería la indiscutible reina.

El abigarrado recinto no le permitía ver bien los trajes que vestían, ya que siempre había alguien interponiéndose en su campo visual. Por esta razón, no fue hasta que no estuvo a su lado cuando pudo contemplarlos en detalle.

-Dorothy -la improvisada maestra de ceremonias hizo las presentaciones jugando jocosamente con los nombres de los personajes-, te presento a tus compañeros de aventuras: La Lata de Sardinias, la Aguja Perdida y el Lindo Gatito. Bienvenida a la maravillosa Tierra de Oz.

-Pero... -exclamó perpleja sin acertar a responder al amistoso saludo del trío-. Éstos no son...

Todos, excepto ella, respondieron a su sorpresa con una estruendosa carcajada.

-Me temo, Dorothy -le dijo el presunto el Hombre de Hojalata, que evidentemente todavía no conocía su verdadero nombre-, que nadie te ha debido advertir que esta película va a ser una versión un tanto diferente de la antigua.

-Pero... -volvió a repetir-. Usted no es el Hombre de Hojalata... ¡Usted es C-3PO!

-Así me llamaban en una lejana galaxia -respondió el aludido, que iba ataviado con la armadura dorada del famoso robot a excepción de la cabeza, que había depositado en la mesa cercana para poder beber una cerveza. Pero no por ello dejó de ser de hojalata, ¿no?

-Y usted -continuó ella, dirigiéndose al León Cobarde- es... ¡Chewbacca!

-Bueno, los dos tenemos el pelo dorado, aunque yo soy más alto que él; y además hablo, lo que no deja de ser una ventaja -rió éste, que al conservar puesta la cabeza de su personaje se veía obligado a beber su refresco con una pajita.

-Y yo -intervino el presunto Espantapájaros antes de que Lucy pudiera identificarle- soy Jar Jar Binks, el gracioso del grupo, aunque por desgracia no todos son capaces de apreciar mi vis cómica.

Tras un embarazoso silencio, Lucy consiguió recuperarse lo suficiente como para responder. O, mejor dicho, para preguntar en tono de reproche.

-¡Estos tres personajes no son de *El Mago de Oz*! ¡Son de *La guerra de las galaxias*! ¿Qué hacen aquí?

Fue la ayudante de reparto quien salió al quite.

-Como te ha dicho nuestro amigo metálico, esta versión tiene algunos cambios respecto a la antigua; digamos que ha sido... modernizada.

-¿Pero qué tiene que ver *El Mago de Oz* con *La guerra de las galaxias*? -gimió la pobre chica- ¡Es fantasía, no ciencia ficción!

-Mujer, no te lo tomes así -intervino Chewbacca en tono conciliador-. En el fondo tampoco hay tantas diferencias. Ten en cuenta que la película original, por muy maravillosa que fuera, tiene ya más de ochenta años; ¿quién puede estar interesado en esa antigualla salvo algunos cinéfilos? Al público actual ese cine no le gusta porque lo encuentra muy antiguo, y si quieres que vaya a ver la nuestra la tendrás que adaptar a sus gustos. Por lo demás el argumento no ha cambiado; ¿qué más da que nuestros disfraces sean algo diferentes, que la Ciudad Esmeralda se encuentre orbitando en torno a un agujero negro o que los monos voladores de la Bruja Mala del Oeste se hayan transformado en las tropas de asalto del Imperio Galáctico? Lo que importa es que estas referencias visuales resulten familiares a los chavales de ahora, de modo que se puedan identificar con la película.

Lucy no pensaba lo mismo, pero prudentemente decidió morderse la lengua ya que su futuro profesional pendía de un hilo. Haciendo de tripas corazón respondió con un hilo de voz:

-Sí, ahora que lo pienso parece sensato. Al fin y al cabo, ¿de qué serviría una versión más purista si la gente no va a verla al cine?

Ella sabía que la película original fue un fracaso de taquilla y tardó muchos años en rendir beneficios, pero prefirió callárselo. No obstante, tenía una pregunta que hacer.

-En lo que respecta a mi papel, ¿cambia mucho?

-¡Oh, no! -le respondió de nuevo la ayudante de reparto-. En esencia es idéntico, incluso diría yo que hasta ha mejorado con los cambios. Eso sí, el vestuario es distinto. En lugar de ese anticuado vestido de tirantes y cuadritos azules que parece hecho con unas cortinas de cocina, nuestras modistas han diseñado unos espléndidos trajes inspirados en los que llevaba Carry Fisher en su papel de la princesa Leia. Incluso tu peinado será similar, nada que ver con las feas coletas que llevaba Judy Garland.

Bien, podría haber sido peor, se dijo Lucy; y de haber estado más ducha en historia, habría adoptado como suya la famosa frase del rey francés Enrique IV afirmando que París bien valía una misa. Sería Dorothy, aun pasando por el trance de travestirse de Leia Organa.

-Está bien, me habéis convencido -zanjó con no demasiado convencimiento-. Y ahora, si me disculpáis, pasaré a recoger mi guión y me marcharé a casa a estudiarlo, quiero estar lista para empezar lo antes posible.

Despidiéndose de ellos con un breve saludo, salió disparada en busca de un lugar discreto en el que poder llorar.

-¡Espera! -exclamó la ayudante de reparto corriendo atrás ella-. ¡No sabes dónde está el despacho del encargado de los guiones!

-¿Qué os parece la chica? -preguntó el Espantapájaros/Jar Jar a sus compañeros-. No se la ve muy convencida.

-¡Toma! -respondió el León/Chewbacca-. Ni lo estábamos nosotros cuando nos ofrecieron participar en este engendro. Pero de algo hay que comer...

-Menos mal -terció el Hombre de Hojalata/C-3PO- que a nadie se le ha escapado delante de ella que a los munchkins de Pequeñilandia los han cambiado por ewoks; si se entera, le da algo. Por hoy ya ha tenido bastante la pobre, ya tendrá tiempo para digerir el resto.

## LA VERDADERA HISTORIA DE LOS LADRONES DE CUERPOS

La amenaza llegada del espacio había doblegado a la Tierra. Las mortíferas vainas alienígenas, capaces de replicar a cualquier ser vivo absorbiendo en tan sólo unas horas no sólo su apariencia hasta la última célula, sino también la totalidad de sus recuerdos, se habían extendido por toda la faz del planeta convirtiendo en réplicas perfectas, pero carentes de alma, a cada vez más millones de personas sin que ninguno de los esfuerzos realizados para contenerlas lograra frenar, o tan siquiera retardar, su imparable avance.

La guerra estaba irremisiblemente perdida, y pronto la humanidad se vería reemplazada por esa nueva casta de simulacros capaces de imitar, pero no de crear, de sentir, de amar o de odiar como las verdaderas personas.

El futuro no se podía columbrar más ominoso cuando de pronto, cuando nadie lo esperaba, surgió el milagro que permitió doblegar a los invasores exterminándolos por completo. Y fue Rufus T. Firefly, unánimemente aclamado como héroe mundial, quien logró la proeza cuando ya nadie, salvo él, alentaba la menor esperanza.

Un héroe atípico además, puesto que Rufus T. Firefly no era un militar, ni un estadista, ni un científico; ni tan siquiera era alguien conocido, salvo en su pequeña ciudad, con anterioridad a la invasión de los ladrones de cuerpos. En realidad era tan sólo un modesto empresario cuya pequeña factoría subsistía gracias a la economía local y apenas exportaba sus productos fuera de su propio condado.

Pero el gran Rufus T. Firefly tuvo la suerte de que ésta se encontrara asentada en un recóndito lugar al que las vainas asesinas todavía no habían llegado cuando ya se enseñoreaban de la práctica totalidad del mundo habitado, lo que le permitió alumbrar la genial intuición que permitió aniquilarlas cuando ya todo parecía perdido.

También le ayudó la naturaleza de su empresa. Rufus T. Firefly había nacido y se había criado en una comarca agrícola situada en el corazón de su país, en la cual el tiempo parecía haberse detenido y la industria apenas había osado aparecer, por lo que su espíritu emprendedor se había enfocado años atrás, cuando la fundó, hacia aquello que podía darle mayores beneficios. Así pues, había puesto en marcha una planta envasadora de los excelentes cultivos locales. Concretamente legumbres: hermosos garbanzos, sabrosas judías, nutritivas lentejas, fragantes guisantes, jugosas habas...

Por ello no le resultó difícil adaptar sus instalaciones para procesar las vainas alienígenas, bastó con adaptarlas a su mayor tamaño. Además se hizo rico, puesto que su nueva línea de conservas arrasó en el mercado. Porque las vainas alienígenas, cosechadas antes de experimentar su peculiar metamorfosis, resultaron ser un bocado exquisito.

## LA VERDADERA HISTORIA DE ULTIMÁTUM A LA TIERRA

Hubo un día que marcó el futuro de nuestro planeta. Ocurrió cuando, sin que nadie lo esperara, un platillo volante se posó en mitad de un parque público. De su interior surgieron dos figuras: un enorme robot y un astronauta equipado con escafandra y traje espacial. Este último esgrimió un objeto -luego se sabría que era un inofensivo regalo para el presidente de la nación- que las tropas que rodeaban el platillo confundieron erróneamente con un arma, lo que provocó que le dispararan mientras el robot respondía a la agresión destruyendo las armas de los soldados con un mortífero rayo láser.

Deshecho el equívoco, pero con el visitante espacial herido, éste se presentó como un emisario de las estrellas llegado con la misión de transmitir un mensaje a los principales líderes mundiales. Primero era preciso curarle de sus heridas, por lo cual fue trasladado a un hospital. Allí se recuperó, descubriendo que su petición era ignorada e incluso él mismo se encontraba retenido sin poder abandonar el recinto médico.

Klaatu, que éste era el nombre del mensajero, decidió escaparse para poder llevar a cabo su misión. Tras refugiarse en casa de Helen Benson y su hijo Bobby, logró entrar en contacto con un eminente científico al que expuso su plan para conseguir que las renuentes autoridades terrestres aceptaran reunirse con él y poder así transmitirles su mensaje: dado que sólo una acción contundente, fuera del alcance de la tecnología terrestre, sería capaz de convencerlos, proclamó que durante media hora el planeta quedaría paralizado al detenerse todas las máquinas cuyo funcionamiento dependiera de la electricidad.

Para ello retornó subrepticamente a su nave espacial, la cual continuaba posada en el mismo lugar y defendida por el robot Gort, para lo cual hubo de sortear el contingente militar que la custodiaba. La arriesgada empresa se desarrolló conforme a sus planes y la Tierra quedó efectivamente paralizada, lo que convenció a todos de la importancia de su misión. Lamentablemente, mientras se organizaba una improvisada conferencia en la explanada situada frente al platillo, a la que fueron invitados los principales científicos terrestres, Klaatu era perseguido por la policía resultando gravemente herido. Antes de morir solicitó a su anfitriona que le condujera al platillo y le pusiera en manos de Gort, instándole a repetirle a éste la frase *Klaatu barada nikto* para que obrara tal como Klaatu deseaba, evitando así cualquier posible represalia por parte del robot.

Gracias a la avanzada tecnología alienígena Gort logró que Klaatu volviera a la vida, con lo cual éste pudo retomar su plan inicial. Mientras tanto los convocados habían ido ocupando sus puestos frente a la nave espacial, a la espera de la llegada éste.

Klaatu no se hizo esperar. Por la escotilla abierta aparecieron tres figuras. Cumplida su misión Helen Benson se reunió con los asistentes, mientras Klaatu, escoltado por Gort, transmitió su histórica proclama rodeado de un sepulcral silencio.

Éstas fueron sus verdaderas palabras, libres de la censura a la que fueron sometidas en la versión cinematográfica que desvirtuó por completo su sentido:

*-“Os voy a dejar muy pronto, y perdonadme si me expreso con rudeza. El universo se va haciendo más pequeño cada día y no se puede tolerar ninguna amenaza de agresión. Esto no significa renunciar a nuestras libertades, salvo a la libertad de actuar de modo irresponsable y perjudicial para nuestros vecinos del cosmos. Para evitarlo existe una organización defensiva de todos los planetas, basada en una fuerza de policía que los protege. Para tal policía hemos creado una raza de autómatas invencibles a la que pertenece Gort. Su misión es patrullar entre las estrellas con poderes absolutos para salvaguardar la tranquilidad del universo. Al primer signo de transgresión actúan automáticamente, y el castigo a las provocaciones es demasiado terrible para arriesgarse a cometerlas.*

*He venido a exponeros estos hechos. No nos interesan los asuntos internos de vuestro planeta, pero el enorme desarrollo tecnológico que la Tierra ha experimentado en los últimos años ha provocado que vuestras emisiones radioeléctricas llegaran de forma incontrolada hasta los planetas habitados más cercanos, lo que ha provocado un grave trastorno para sus habitantes ya que gran parte de su contenido era decididamente repulsivo. Así pues, podéis tener seguro que si persistís en seguir permitiendo que vuestra telebasura se siga propagando de forma indiscriminada por el éter obraremos en consecuencia, ya que no se puede tolerar que tan infecta contaminación afecte a otras razas estelares tal como está ocurriendo.*

*La elección es simple: una convivencia pacífica siempre y cuando evitéis que esa bazofia alienante traspase los límites de vuestro sistema solar, o perecer víctimas de vuestra insensata ceguera. Y no lo olvidéis: vigilaremos constantemente vuestras emisiones al espacio. La decisión dependerá de vosotros, y la responsabilidad por las posibles consecuencias de una actitud negativa, también.”*

Dicho lo cual, tras enviar un breve saludo de despedida a Helen Benson se retiró al interior de su nave espacial, seguido por el hierático Gort. Una vez recogida la rampa y cerrada la escotilla corrediza, el platillo volante se elevó silenciosamente perdiéndose en la infinitud del firmamento.



## DESPISTE ALIENÍGENA

Los tripulantes del *Nostramo*, reunidos en la enfermería, vigilaban con preocupación a su compañero Kane. Aunque el extraño ser que se aferrara a su rostro durante la exploración del pecio alienígena había muerto, desprendiéndose por sí mismo sin causarle aparentemente daño alguno, dado lo desconocido de su naturaleza tenían el temor de que hubiera podido provocarle algún tipo de secuela.

Kane, sin embargo, no acababa de entender las reticencias de sus colegas. Se sentía bien, como no se hartaba de repetirles, y lo único que les pedía con insistencia era que le permitieran reincorporarse a sus tareas cotidianas. Pero éstos dudaban, en especial Ripley.

De repente su rostro se crispó. Alarmados, los astronautas se apresuraron a sujetarle de brazos y piernas, dado que su cuerpo comenzó a experimentar violentas convulsiones. Evidentemente, no todo acababa de estar bien.

Segundos después, mientras Kane se debatía entre alaridos de dolor, un extraño bulto comenzó a formarse en el pecho, creciendo cada vez más hasta desgarrarlo provocando la muerte instantánea del desdichado astronauta. De su tórax destrozado emergió una extraña figura, chorreante de sangre, ante las aterrorizadas miradas de quienes fueran sus compañeros.

El ente se irguió sobre el cuerpo inerte de su involuntario huésped. Su cuerpo era rechoncho y achaparrado, con unos brazos largos y escuálidos terminados en unas desproporcionadas manos. El delgado cuello parecía incapaz de sostener el peso de la enorme y achatada cabeza, que pivotaba sobre éste desafiando las leyes de la física. En su extraña cara destacaban una nariz chata y dos enormes ojos redondos, la boca era asimismo grande y carecía aparentemente de orejas. La piel, lampiña y arrugada, semejaba cuero viejo, y en su conjunto el alienígena mostraba un aspecto entre entrañable y grotesco... pese a lo cual había matado al desdichado Kane de una forma atroz.

Aparentemente perplejo, el alienígena recorrió con la mirada el círculo de humanos que le rodeaban y alzando la mano extendió el dedo índice, que se iluminó, al tiempo que exclamaba con voz quejumbrosa:

-¡Mi caasa...!

Lo cual provocó un movimiento de sorpresa entre los astronautas. Apercebido de ello, mudó de expresión y explicó en tono contrito:

-Les ruego que me disculpen, me temo que me he equivocado de película. ¿Alguno de ustedes sería tan amable de explicarme cómo puedo volver a mi planeta?

## LA VERDADERA HISTORIA DEL PLANETA DE LOS SIMIOS

Taylor había logrado huir de los simios, pero no de su destino. Acompañado por la fiel Nova, cabalgaban por la playa que separaba al mar de la Zona Prohibida. Buscaba, con el tesón del que sólo pueden ser capaces los desesperados y los locos, la forma de volver a la Tierra, un lugar en el que los seres civilizados fueran los humanos y no los simios.

Fue tras rodear un promontorio cuando descubrió la trágica verdad, manifestando su desesperación por haber logrado encontrar la respuesta a todas sus preguntas:

-¡Dios mío! ¡Estoy de vuelta! Estoy en mi casa otra vez. Durante todo este tiempo no me había dado cuenta de que estaba en ella... ¡Por fin lo conseguí! ¡Maniáticos! ¡La habéis destruido! ¡Yo os maldigo a todos! ¡Maldigo las guerras! ¡Os maldigo!

Porque ante él y la desconcertada Nova se alzaban los restos, semienterrados en la arena pero perfectamente reconocibles, de uno de los iconos más representativos de la extinta civilización humana a la que con tanto afán había buscado en vano: la que en su día fuera la colosal escultura de una mujer cuyo brazo erguido seguía sosteniendo con firmeza un teléfono móvil.

## ME PARECIÓ VER UN LINDO GATITO

### PRIMERA ESCENA

Piolín columpiándose relajadamente en primer plano. De repente oye un ruido, dirige la mirada fuera de campo y, volviéndose hacia la cámara, exclama con acento entre sorprendido y pícaro:

-¡Me pareció ver un lindo gatito!

Giro de cámara. Plano general de la habitación, apreciándose una figura que se desliza con sigilo ocultándose tras los muebles. Zoom a plano medio. Se trata de un gato que intenta pillar desprevenido al indefenso canario.

Piolín, que finge observar despreocupadamente a su perseguidor, hace un gesto de asombro y exclama:

-¡Tú no eres Silvestre!

El gato abandona su escondite y responde, olvidándose por completo del guión:

-No, soy Tom Gato. Encantado de saludarte.

-¿Tom? ¿El de Tom y Jerry?

-El mismo -responde éste esbozando una amplia sonrisa.

-Pero tú no hablabas...

-Era mi personaje el que no hablaba; tampoco lo hacían Charlot, Harpo Marx o Boris Karloff en las películas de Frankenstein... en sus papeles, porque fuera de ellos ninguno era mudo. Y como Silvestre habla, hablo también yo.

-¿Dónde está Silvestre?

-¡Oh! Pobrecillo. El pobre tuvo que ser hospitalizado a causa del accidente que tuvo.

-¿Accidente? No sabía nada... -exclama sorprendido el canario-. ¿Qué le ha pasado?

-Estaba en su casa y se cayó por una ventana desde el séptimo piso cuando intentaba saltar al edificio de enfrente, dicen que por presumir delante de una gata. Él pensaba ingenuamente que en el mundo real ocurre lo mismo que aquí, que aunque te caiga un piano encima y salgas planchado como un acordeón, en la siguiente escena ya estás como nuevo. Por fortuna tan sólo perdió un par de vidas, pero tiene por delante una

convalecencia bastante larga. Así pues, los productores tuvieron que buscar un sustituto... y aquí estoy yo -concluye el felino rematando su explicación con una reverencia exageradamente teatral.

-Pero tú trabajabas para la competencia -objeta Piolín.

-Tú lo has dicho; trabajaba. Cuando los capitostes de la compañía decidieron cerrar nuestro estudio de animación, hace ya muchos años, Jerry y yo nos fuimos al paro... y hasta ahora -explicó Tom con gesto abatido.

-Yo he visto episodios vuestros mucho más recientes.

-No éramos nosotros, sino unos suplantadores. Pero como a los personajes de ficción, y todavía más si somos dibujados, no nos protegen las leyes... ¡como si no tuviéramos que comer y vivir medio decentemente, como cualquier persona de carne y hueso!

-No sabía nada, créeme que lo siento. ¿Qué ha sido de Jerry? Me caía simpático, al fin y al cabo te hacía las mismas perrerías que yo al buenazo de Silvestre.

-Su caso es mucho más triste que el mío -suspira profundamente Tom-. Él llevó mucho peor que yo la pérdida de nuestro trabajo y, sobre todo, el olvido después de haber sido una primera figura; al fin y al cabo él era el actor principal y yo tan sólo su contrapunto patoso. Se dio a la bebida y a otras cosas peores, cayendo cada vez más en el foso y bueno... prefiero no continuar -concluye el pobre gato al borde del sollozo.

-Vaya, me dejas anonadado... en fin, así es la vida. Entonces, ¿tú vas a ser, al menos temporalmente, mi partenaire?

-Eso me han dicho. Todo dependerá de cuanto tarde en recuperarse Silvestre.

-Discúlpame si me meto donde no me importa, pero ¿por qué te eligieron?

-¡Oh, la explicación es sencilla! Simplemente yo estaba disponible, y les corría prisa cubrir la vacante. Eso sí no fui el único candidato que consideraron, también habían pensado en Félix el Gato, la Gata Loca, Jinks, Don Gato e incluso en Garfield o Azrael. Pero Félix el Gato y la Gata Loca estaban jubilados, Jinks había fundado junto con Pixie y Dixie una iglesia congregacionista y Garfield y Azrael no se ajustaban al perfil de nuestro común amigo. Don Gato podría haber sido un competidor serio pero se empeñó en llevar con él a toda su pandilla, algo que rechazaron de plano los productores. Por otro lado mi personaje era muy similar al de Silvestre, así que, salvo en el aspecto físico, tampoco se notará demasiado la diferencia... no más que cuando cambiaron al actor que interpretaba a Darrin en la serie Embrujada y no pasó nada.

-Al menos podrían haberme, si no consultado, al menos advertido... -rezonga Piolín con gesto de disgusto-. Pero aquí las estrellas somos quienes menos cuentan. Habría que organizar un sindicato para defender nuestros derechos.

Va a responderle Tom cuando una ominosa voz retumba en el estudio.

-Señores actores, ¿les parece bien dejar de parlotear para que podamos rodar el episodio? Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Y acentuando el tono, continúa:

-Por cierto, respecto a ese desafortunado comentario que no he podido evitar oír, me gustaría recordarles que tenemos multitud de personajes en paro que estarían encantados en ocupar sus puestos: Coyote y el Correcaminos, el Lobo Feroz y los tres cerditos, bueno dos porque el otro se retiró a un convento, Super Ratón, El Pájaro Loco, Dino, el Oso Yogui, la Pantera Rosa e incluso Dumbo, desplazado por un monigote generado por ordenador. No son buenos tiempos para los dibujos animados clásicos, e incluso el mismísimo Roger Rabbit me ha rogado no sé cuantas veces que le dé una oportunidad. Así pues -remacha con una estruendosa carcajada-, más les valdrá olvidarse de la idea del sindicato si es que quieren conservar su trabajo. Y ahora, empezamos desde el principio y sin hacer tonterías.

#### PRIMERA ESCENA

Piolín columpiándose relajadamente en primer plano. De repente oye un ruido, dirige la mirada fuera de campo y, volviéndose hacia la cámara, exclama con acento entre sorprendido y pícaro:

-¡Me pareció ver un lindo gatito!

Giro de cámara. Plano general de la habitación, apreciándose una figura que se desliza con sigilo ocultándose tras los muebles. Zoom a plano medio. Se trata de un gato que intenta pillar desprevenido al indefenso canario.

## ¡INDECENTE!

Donald estaba perplejo. Tan perplejo, que incluso olvidó fingir su característica forma de hablar.

-No lo dice en serio, supongo...

-Lamento contradecirle, pero así es -respondió su interlocutor, un estirado personaje de rostro antipático ataviado completamente de negro-. Le he leído sin cambiar una coma la nueva normativa sobre moralidad pública aprobada por la productora. Por supuesto, es de obligado cumplimiento para todos los empleados incluyendo a los actores, sean éstos de carne y hueso o no.

-Pero...

-No hay excusa que valga. Usted va ataviado de una manera que la comisión de vigilancia de la moral ha considerado impúdica, todavía más cuando sus principales espectadores son los menores de edad. Por tal motivo se le conmina a que deje de exhibir la parte inferior de su cuerpo sin que ninguna prenda la cubra. Tanto da que sean unos pantalones largos o cortos, unas calzas, una túnica, unos zaragüelles, una chilaba o una falda escocesa; eso queda a su elección. Pero así no puede seguir.

-¡Llevo vistiendo así noventa años! -exclamó furioso el ánade haciendo honor a su conocida irascibilidad-. ¡Y nadie hasta ahora ha protestado!

-Bueno, los tiempos cambian, así que debemos adaptarnos a ellos. Huelga decir que esta norma atañe también a su novia y a sus sobrinos; por cierto, más adelante les visitaré un compañero mío para esclarecer su no suficientemente bien entendida convivencia.

-¡Es absurdo, completamente absurdo! -porfió Donald al borde de la exasperación. ¿Qué pasará si me niego?

-Obviamente dejará de pertenecer a la plantilla y tendrá que buscar trabajo en otro lado -comentó con displicencia el visitante-. Aunque, dadas las circunstancias, las referencias que aportemos no podrán ser demasiado positivas.

-¡Un momento! Conozco a muchos colegas que están en la misma situación que yo o incluso trabajan sin ropa alguna, y que yo sepa nadie les ha obligado a ponérsela: Lucas, Tom, Yogui, Loquillo, Silvestre, la Pantera Rosa, Porky...

-Cierto, pero todos ellos pertenecen a otras productoras y hasta ahora nuestra normativa no les afecta; por el momento, ya que se están realizando negociaciones para que ésta, u otra similar, sea implantada a nivel general con jurisdicción sobre todas las

compañías que se quieran adherir, que con toda probabilidad serán la inmensa mayoría incluyendo las principales. Así pues, todo es cuestión de tiempo -concluyó con el remedo de lo que intentaba ser una cínica sonrisa.

-Entonces poco es el margen de maniobra que me queda -rezongó malhumorado Donald-. ¿Sabe? Esto me suena a censura.

-¡Oh, no pronuncie esa fea palabra! -le recriminó con aspereza el hombre de negro-. Vivimos en un país libre en el que están garantizados los derechos constitucionales. No se trata en modo alguno de censura, sino de garantizar el obligado respeto a la sensibilidad de los demás. Así de simple, y le garantizo que usted podrá seguir trabajando sin traba alguna tan sólo cubriendo sus desnudeces con un atavío decente similar al de sus compañeros de estudio. Así de simple.

-Si usted lo dice... -graznó haciendo chirriar desagradablemente el pico.